



El Señor Malvoa.
Por
C. SILVA VILDÓSOLA.

El secretario de la Legación solía hacerme entrega de algunos compatriotas para servirles de guía en Londres y por cierto que escogía a aquellos que, por un motivo o por otro, le parecían a él carga demasiado pesada.

—Tú, que admiras tanto el carácter nacional—solía decirme—hazme el favor de acompañar a un chileno silvestre que se me apareció ayer y que quiere ver algo de Londres.

De esta manera he podido visitar más de diez veces la Torre de Londres, en compañía de agricultores de Colehagua, comerciantes de Valdivia, profesores de Liceos provinciales, y he recogido sus impresiones frescas en medio del tumulto y la confusión de la capital británica.

Pero ninguno de estos amigos de unos pocos días, a algunos de los cuales hube de elegir el color de la ropa que deseaban comprar, mientras serví a otros de intérprete para adquirir un reproductor Durham, ninguno me ha dejado un recuerdo más duradero que el señor Malvoa.

Era un hombre alto y grueso, con una cabeza en que los rasgos indígenas estaban apenas ligeramente modificados, y cuyo cabello negro se alzaba recto del cráneo, como un bosque de quilas; la nariz era ancha y gruesa, la boca grande, con dientes muy sanos y labios carnosos, que cubría en parte un bigote tieso y encorvado hacia abajo. Ancho de espaldas, con un gran desarrollo torácico, manos burdas y pies muy amplios, el señor Malvoa era un hermoso tipo de la raza que se produjo inmediatamente después que los fornidos guerreros españoles amaron a las fuertes hijas de Arauco no domado.

No era rudo sino por el contrario amable y hasta melifúo, y aun cuando se advertía en él una personalidad independiente, era fácil darse cuenta de que deseaba agradar y mostrarse gentil.

Cuando el secretario me lo presentó, me tendió su enorme mano peluda y estrechó la mía, diciendo:

—Malvoa, un amigo más.

Esas solas palabras dichas con una voz profunda, en un tono resuelto y sin el menor rastro de una sonrisa, como quién oficia en un rito, evocaron ante mis ojos todo un mundo, todo el mundo de la buena, la sana, la grave y hasta sombría gente de mi tierra.

Convinimos allí mismo en hacer un paseo esa tarde por la City para que viera el centro comercial de Londres.

—Estaré aquí unos dos días no más—dijo resueltamente el señor Malvoa—; no me gusta esta ciudad.

—¿Cómo así?

—La hallo muy oscura, muy triste, muy sin animación.

—¿Ha visto algo ya?

—Sí, señor. Llegué anoche y anduve un poco por las calles. Llegaba a dar miedo la soledad. A mí me gusta París porque anda tanta gente por la calle, y todos van contentos y hay harta diversión para el extranjero.

Este primer juicio del señor Malvoa sobre Londres probaba que, aunque en exigua cantidad, la sangre latina influía en su temperamento; pero era debido en parte a que el hotelito adonde había ido a parar con sus cupones Cook, estaba situado en un rincón particularmente tranquilo del barrio occidental, en uno de esos

rincones tan apreciados por los ingleses, donde pasa un coche cada dos horas y están prohibidos los organillos y los gritos de los vendedores. De la clamorosa orgía de luz y de sonrisas en que se había hundido en París, el señor Malvoa había pasado al silencio y rigidez de un *residential quarter* de Londres.

Viajaba con un puñado de billetes de ferrocarril y cupones de hotel de la Empresa Cook, verdadero prodigio que por 2,000 francos le permitiría recorrer todos los países de Europa, excepto la Rusia y los Balkanes.

En la imperial del omnibus que nos lle-

vaba a la City, el señor Malvoa me hizo sus primeras confidencias:

—Yo, señor, me ocupo de comercio; tengo un almacén de abarrotes y mercaderías surtidas en.....

He olvidado la ciudad. ¿Era Lebu? ¿Era Cañete? ¿Era Victoria? ¿Era Osorno? Todo lo que sé decir es que aquello estaba al sur de Bio-Bío.

—Siempre me ha gustado ver mundo para ilustrarme, porque el hombre debe ilustrarse, y no porque uno es comerciante se debe quedar ignorante. Además que ahora hay tanta facilidad para viajar. Yo no sé idiomas, pero



...Entre tanto el ómnibus había pasado Pladille Circus entrado en la Plaza Trafalgar...

cuando uno habla des-
pacio, en todas partes
le entienden.

Parece ser que por
varios años, los telegramas
del extranjero que
publican los diarios, con
las ilustraciones que
suelen reproducir y las
etiquetas de las merca-
derías que vendía en su
tienda habían avivado
sin cesar en el ánimo
emprendedor del señor
Malvoa el deseo de via-
jar.

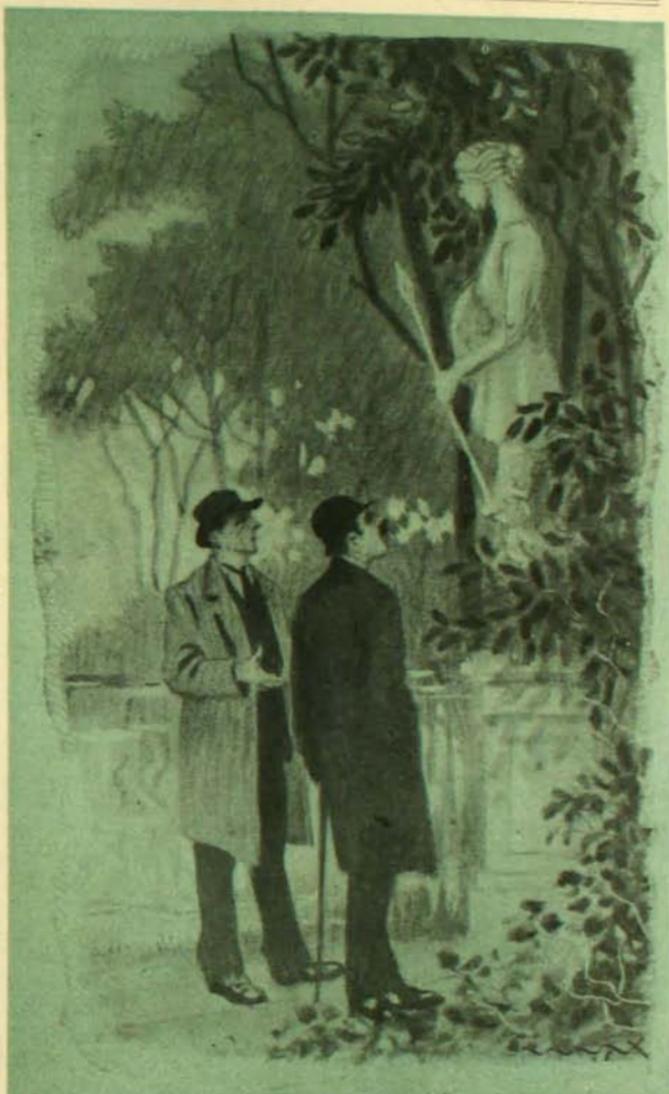
—Cuando veía en los
géneros y en otros ar-
tículos los letreros que
decían Sheffield, o Ham-
burgo o París, me da-
ban unas ganas de ver
donde hacían todo eso...
Y antes que se me olvi-
de... me tiene que de-
cir cómo se va para
Sheffield, porque yo
vendo cuchillería fina y
quiero ver la fábrica.

Entre tanto, el ómni-
bus había pasado Pic-
cadilly Circus, descer-
rido Havre, y se había
trenido en la Plaza Tra-
falgar. Explicando el
momento

se producir una impre-
sión en mi compañero;
pero él dió una mirada
y se limitó a decir:

—Grande la plaza,
pero mal arreglada.
¿Por qué no limpian
los edificios y las estatuas están todos llenos
de hollín.

Subimos por el Strand, pasamos Fleet
Street, giramos en torno de la Catedral de
San Pablo sin que el señor Malvoa diera
la menor muestra de admiración, no obs-
tante mis prolijos comentarios. La costra
negra que cubre los edificios de Londres,



En un punto de las avenidas sombrías, una estatua de Diana, se mira en las aguas...

lo estrecho de las calles tortuosas, la difi-
cultad del tránsito de vehículos le pare-
cían señales de un atraso que no se ha-
bría tolerado en Chile. Cuando estuvimos
delante del bajo y sombrío edificio del Ban-
co de Inglaterra, el centro de la vida finan-
ciera del mundo, el señor Malvoa me pre-
guntó:

—¿Ha visto el edificio nuevo del Banco de Chile en Concepción? Ese sí que vale la pena.

Aquello me iba cayendo sobre los nervios en una forma que mi compañero no podía sospechar. Pero donde de buenas ganas lo hubiera tirado de cabeza al río, fué cuando sobre el puente de Londres, ante el panorama único, grandioso, simbólico, del puerto envuelto en sus humaredas, la histórica Torre, la cúpula de San Pablo, cuando procuraba explicar todo eso y hacerle sentir, el señor Malvoa golpeó con su paraguas el parapeto y dijo con un tono ligeramente compasivo:

—Es curioso, señor, que en estos países que dicen que son tan adelantados tengan todavía puentes de piedra, parecidos al de Cal y Canto que había en Santiago cuando yo era muchacho.

Y así seguimos pasando por entre monumentos seculares, museos imponderables, suntuosos palacios, restaurants brillantísimos, yo agitándome en el exterior de mis últimos esfuerzos para que aquel hombre entendiera a Londres, y él severo, digno, sin mostrar nunca entusiasmo, pronunciando pocas frases en las cuales casi siempre comparaba lo que tenía delante con algo de su país para mostrar que, por lo menos, lo de Londres no lo sorprendía.

De la vida mundana de la gran capital no quiso saber cosa alguna:

—No me gustan las inglesas, señor. Cuando uno ha conocido a las francesas, no le queda nada que aprender. Porque usted ha de saber que en París he tenido muy buenas ocasiones y he conocido señoritas de primera, pero verdaderas señoritas, elegantes y con su casa propia bien puesta, donde había de un todo.

Y el señor Malvoa sonrió con una fruición retrospectiva, saboreando todavía sus veledas parisienas.

—La inglesa señor—dijo bajando púdicamente la voz—tiene buen cutis, pero poca forma.

Al día siguiente, otros chilenos lo llevaron a los alrededores, con la esperanza de que la naturaleza obrara un milagro. Entraron con él en la estúpida avenida de castaños seculares que sirve de inmenso pórtico al Palacio de Hampton Court, po-

blado de las memorias de Wolsey, de Enrique VIII, de Ana Bolena. En un punto las avenidas sombrías, oscuras y frescas como naves de catedral se abren en una explanada donde, en el centro de un estanque que navegan los cisnes, una estatua de Diana se mira en las aguas.

El señor Malvoa miró la estatua y dijo:

—Esa sería la dueña del Parque.

—Esa es Diana—apuntó alguien.

—Así se llamaría—insistió el señor Malvoa con una oscura y pertinaz convicción de que aquella dama tan ligera de ropas no podía ser otra que la propietaria del predio que atravesaban.

La visita a Hampton Court fué un desastre. Los patios evocadores, el Hall de los banquetes con su artesonado prodigioso, la galería de los retratos, todo pasaba delante de los ojos indiferentes del señor Malvoa sin interesarlo.

Cuando el señor Malvoa partió de Londres para ir a ver en Sheffield las fábricas de donde procedían los cuchillos que vendía en su almacén de abarrotes y mercaderías surtidas, se comentaba en la Legación con burlas y protestas la rudeza de nuestro compatriota y su incompreensión de Londres, de la vida y del genio de Inglaterra.

Pero un caballero que había oído en silencio los relatos de las impresiones del señor Malvoa, dijo cuando ya todos hubieron desahogado su indignación:

—Siento que no me hayan presentado al señor Malvoa y aún no sé si lo buscaré para acompañarlo en sus viajes. Me parece el primer chileno de veras que viene a Europa.

El que así hablaba era un viejo alto, con un puro tipo castellano, algo encorvado, que miraba por encima de las gafas y daba vueltas entre los dedos amarillos a un eterno cigarro casi siempre apagado. Pasaba por un original, hombre de talento, pero dado a la paradoja y a la contradicción. Esperábamos que explicara con una burla su admiración por el señor Malvoa, pero él prosiguió cada vez más serio:

—Malvoa es el producto de una civilización nueva, con una remota base latina,

por lo que tiene de origen español y por la importación de cultura francesa. Es hijo de una raza para la cual no tienen interés alguno las cosas viejas por la sencilla y justísima razón de que no tiene pasado y posee en cambio un enorme, un indefinido porvenir. Ha vivido en ciudades en que todas las casas son nuevas y mientras más nuevas, mejores. Ha pasado su vida vendiendo abarrotos y mercaderías surtidas que mientras más nuevos son mejores precios alcanzan. ¿Quieren decirme ustedes si no es una torpeza sin nombre exigirle a Malvoa que admire las cosas viejas sólo porque son viejas, aun cuando para él no representan ni tradición, ni recuerdo, ni nada? Somos nosotros los *poseurs*, que sin tener más relación con Nelson o con el London Bridge o con Hampton Court, repetimos lo que hemos leído en el Baedeker o en otro libro de historia o de viajes y hemos llegado a convencernos de que es espontánea nuestra admiración postiza.

Y como todos reían, tomando a broma la disertación, el viejo siguió más enfervorizado:

—¡No, caballeros, no es para la risa! Malvoa es un sincero, un genuino, no es una adulteración como ustedes, que por dentro son iguales a él y se dan humos de otra cosa. ¿Acaso no es cierto que los edificios de Londres son feos y sucios con su capa de hollín? ¿Por qué no reconocer que los puentes de hierro son más prácticos que los de piedra? ¿Qué tenemos que ver nosotros con la diosa Diana o con el Cardenal Wolsey o con Enrique VIII y sus escándalos? ¿Por qué se había de preocupar de eso el señor Malvoa, ni nos hemos de entusiasmar nosotros con lo que no entra en nuestra tradición, en nuestros recuerdos, en la formación de nuestra raza? Malvoa ha procedido exactamente como los viajeros ingleses y europeos en general que van a Chile y ha sido tan inglés para juzgar a Inglaterra como son Malvoas los gringos que nos visitan. Estos lle-



Las sonrisas se iban extinguiendo. El defensor del señor Malvoa daba un giro filosófico a su...

gan allá y se asombran del color de la cara de los rotos y de la pintura de las casas, y del manto de las mujeres y de que no les sean conocidos los personajes conmemorados en estatuas, y de que haya tantos clérigos, y de que las calles estén mal pavimentadas; y no sólo dicen sino que escriben en libros toda suerte de desatinos. ¿Qué es todo eso? Lo mismo de Malvoa: divergencia de puntos de vista, ignorancia de la historia, disparidad de razas. Malvoa no ha dicho ni pensado sobre Inglaterra disparates más gruesos que los que yo he oído en Chile a Ministros de Gran Bretaña y hombres considerados eminentes en este país. Un escritor inglés publicó un artículo humorístico después de un viaje a Chile, en que se burlaba de los "coches americanos" que nosotros usamos, sin darse cuenta de que lo más absurdo, lo más jocoso, lo más incómodo en materia de coches es el *hamson cab*. ¿Por qué no celebrarle a Malvoa que tenga el valor de decir lo que nosotros también vemos, que el hamson es feo, ridículo e incómodo?

Las sonrisas se iban extinguiendo. El defensor del señor Malvoa daba un giro filosófico a su discurso:

—Créanme ustedes: lo que se necesita en América es gente que tenga la honradez de sentirse producto de una nueva ci-

vilización, con criterio, formas y necesidades nuevas, sin el deber de admirar todo lo europeo y sin el prurito de copiar todos estos vejesterios artísticos, jurídicos, políticos y sociales. Y cuando en vez de convertirnos en micos de los europeos, que nos desprecian porque nos ven serviles, juzguemos la Europa desde nuestro propio punto de vista, tal como la juzga con su modesto bagaje intelectual, pero con un gran buen sentido el amigo Malvoa, entonces comenzarán a respetarnos.

El viejo se alzó y cogiendo su sombrero, se dispuso a partir, sin querer escuchar las observaciones que algunos querían oponerle.

—Adios, señores, y que lo pasen ustedes bien. Denle mi dirección a Malvoa, para tener la honra de saludar a la única persona que no ha perdido el juicio al pasar el Atlántico. Esa es una esperanza americana y nosotros somos unas frutas que se descompusieron al cruzar el Ecuador.

—Es un viejo muy inteligente—dijo uno de los que allí estaban—y maneja con gracia la paradoja, pero es loco.

—Solamente—agregó otro con timidez—que como Polonio en la del príncipe dinamarqués, encuentro cierto método en su locura.

